

mil francos de renta, se casó con un hombre muy buen mozo, pero que tenía diez años menos que ella, con un suizo llamado Julio Laporte, antiguo sargento de la guardia suiza del Santo Padre y más tarde agente clandestino de un comercio de reliquias y á la sazón por breve pontificio, marqués de Montefiori, habiendo conquistado el título al conquistar la mujer. La princesa Boccanera volvió á ser la marquesa de Montefiori. Y entonces fué cuando el cardenal Boccanera, lastimado por aquella conducta, exigió que su sobrino fuese á vivir á su lado, á una modesta habitación en el primer piso del palacio. En el corazón del santo varón, que parecía muerto para el mundo, quedaba el orgullo del apellido y una acendrada ternura hacia aquel joven débil, último de su raza y el único por el que podía retoñar el antiguo tronco. No se mostraba hostil al casamiento con Benedetta, á la que también quería con paternal cariño y tan orgulloso y convencido de su piedad que al tenerlos juntos á su lado, desdeñaba los abominables rumores que los amigos del conde Prada hacían circular por el mundo blanco desde que primo y prima habíanse reunido bajo el mismo techo. *Donna Serafina* guardaba á Benedetta como él lo hacía con *Dario* y en el silencio, en la sombra del vetusto desierto palacio, en otros tiempos ensangrentado tantas veces por trágicas violencias, no vivían más que ellos cuatro con sus pasiones adormecidas, y últimos vivientes de un mundo que se derrumba en los umbrales de un mundo nuevo.

Cuando el abate Pedro Froment se despertó de una manera brusca con la cabeza cargada por los penosos ensueños, se desconsoló al ver que declinaba el día; su reloj, que se apresuró á mirar, señalaba las seis, de mo-

do que él, que deseó tan solo descansar á lo sumo una hora, se había estado durmiendo durante siete, abrumado por un cansancio indecible. Y hasta despierto permaneció aún en el lecho como vencido ya, antes de haber combatido. ¿Porqué esa postración, ese desaliento sin causa, ese estremecimiento de duda, procedente de no sabía donde que le acometieran durante su sueño y que abatía su juvenil entusiasmo de la mañana? ¿Estaban unidos los Boccanera á la repentina debilidad de su alma? Entre la negrura de sus ensueños había entrevisto figuras tan turbadoras tan inquietantes que su angustia continuaba y las evocaba aún azorado al despertarse de ese modo, en una habitación ajena y dominado por el malestar de lo desconocido. Se le figuró que las cosas no eran tan razonables y no se explicó como había sido Benedetta la que escribió al vizconde Filiberto de la Choue, para encargarle que le dijese que habían denunciado su libro á la Congregación del Índice, ni qué interés podía tener ella en que el autor fuese á defenderse á Roma y tampoco el por qué había llevado la amabilidad hasta el extremo de querer que se hospedase en su propia casa. Su estupor, en suma, nacía de verse allí como un extraño, sobre aquel lecho, y en aquella habitación del palacio, en el que solo oía á su alrededor el gran silencio de la muerte. Con los miembros como quebrantados y como vacío el cerebro, tenía, sin embargo, una brusca lucidez y comprendió que muchas cosas se le escapaban y que bajo aquella aparente sencillez de los hechos debía ocultarse alguna complicación. Pero esto fué solo como un destello de luz y la sospecha se desvaneció; mas levantóse con violencia, se sacudió, acusando al triste crepúsculo de ser

la causa única de aquel estremecimiento y de aquel desaliento que le avergonzaban.

Para moverse y hacer algo púsose Pedro á examinar las dos habitaciones. Sus muebles eran de caoba, sencillos, casi pobres, descabalados y que procedían de principios del siglo. La cama no tenía cortinajes como tampoco las puertas y ventanas. En el suelo, sobre el enlosado desnudo pintado de rojo y lustrado después con cera, había algunas alfombritas delante de las sillas. Y ante aquella frialdad y desnudez burguesas acabó por acordarse de la habitación en que, siendo niño, había dormido en Versalles, en casa de su abuela que, en tiempos de Luís Felipe, tuvo allí un modesto comercio de mercería. En una pared, delante de la cama interesóle mucho un cuadro colocado allí entre grabados infantiles y sin valor. Representaba, apenas alumbrada por la luz del día en su ocaso, una figura de mujer, sentada en un basamento de piedra, en el dintel de un edificio severo y grandioso del que parecía habíanla arrojado. Las puertas de bronce acababan de cerrarse para siempre y ella permanecía allí arrebuja en un lienzo blanco, mientras que sus ropas esparcidas, tiradas con violencia, á la casualidad, arrastraban sobre los anchos peldaños de mármol. Tenía desnudos los pies, los brazos, la faz oculta entre las manos convulsionadas por el dolor, una faz que no se veía, que tapaban los rizos ondulantes de una cabellera admirable que la velaba con una nube de oro oscuro. ¿Qué dolor sin nombre, qué horrorosa vergüenza, qué execrable abandono ocultaba de ese modo aquella mujer rechazada, aquella obstinada del amor, de la que se meditaba sin cesar la historia de un corazón transido de dolor? En medio de su miseria, con aquel paño blanco

sobre sus hombros, se comprendía que era muy hermosa pero lo demás de ella pertenecía al misterio lo mismo que su pasión, puede también que su infortunio y quizás su falta. A no ser que aquello fuese tan sólo el símbolo de todo lo que se padece y llora, que no tiene rostro conocido y sufre ante la puerta eternamente cerrada de lo desconocido. Durante largo rato estuvo contemplándola y tan bien que al cabo imaginó que distinguía su perfil de un sufrimiento y de una pureza divinas. Esto no fué empero más que una ilusión porque el cuadro había sufrido mucho, ennegrecido, abandonado y Pedro se preguntó de que desconocido maestro podía ser aquel cuadro que le había conmovido hasta aquel extremo. En la pared de al lado vió una Virgen, una mala copia de un cuadro del siglo dieciocho, que no le agradó por la vulgaridad de su sonrisa.

El día declinaba cada vez más y Pedro abrió la ventana del salón y se echó de bruces en su antepecho. En frente de él, y al otro lado del río Tiber se elevaba el monte Janículo, el mismo desde donde había contemplado por la mañana á Roma; pero esta no era ya, á esa hora indecisa, la ciudad de juventud y de ensueños iluminada por el sol matinal; llovía la noche en una ceniza gris, el horizonte se inundaba de sombra haciéndose indistinto, tenebroso. Allá abajo á la derecha se adivinaba aun el Palatino por cima de los techos; y á la derecha seguía siempre la cúpula de San Pedro, de color de pizarra, bajo un cielo de plomo, mientras que á su espalda, el Quirinal, al que no podía ver, debía desaparecer ensombrecido por la bruma. Pasaron aun algunos minutos, todo se fué haciendo más confuso y vió como Roma se desvanecía, se borraba en su inmen-

sidad que él no conocía. Apoderáronse de él otra vez la duda y la inquietud, però fué esto de una manera tan dolorosa que no pudo permanecer más tiempo en la ventana que cerró. Fuése á sentar y dejó que las tinieblas le rodeasen envolviéndole con una ola de tristeza infinita. Su desesperado ensimismamiento no concluyó hasta que la puerta se abrió quedamente y la luz de una lámpara alegró la habitación con su claridad.

Era Victorina que entraba con mucha precaución llevando una luz.

—¡Ah! Ya estais levantado, señor abate. Vine á eso de las cuatro y os dejé dormir; obrásteis muy cuerdamente descansando todo lo que necesitábais.

—Sí, efectivamente lo necesitaba.

Al oírle quejar de aquel cansancio y extremecimientos se inquietó Victorina.

—¡No vayáis á coger unas malditas calenturas! Habéis de saber que la vecindad del río no es sana. Don Vigilio, el secretario de su eminencia las tiene y os aseguro que no son cosa buena.

Aconsejóle entonces que no bajase y que se acostase ofreciéndole que le excusaría con la princesa y con la *contessina*. Acabó por dejarla hacer y decir porque no se hallaba en el caso de tener voluntad. Siguiendo sus consejos comió, tomó un plato de sopa, un alón de pollo y confituras que Giacomo el lacayo le subió. Esa comida le sentó muy bien y se sintió como repuesto hasta el punto de que se negó á meterse en cama y se empeñó en absoluto dar las gracias á aquellas señoras sin esperar á más por su amable hospitalidad. Puesto que *donna* Serafina recibía los lunes se presentaría aquella misma noche.

—¡Bueno! ¡Bueno!—dijo Victorina aprobando.—

Desde el momento en que os encontráis bien eso os distraerá... Lo mejor es que don Vigilio vuestro vecino, entre á buscaros á las nueve y que sea él quien os acompañe. Esperadle.

Había terminado Pedro la operación de lavarse y ponerse la sotana nueva cuando á las nueve en punto dieron un discreto golpecito en la puerta. Presentóse un presbítero bajito, de unos treinta años apenas, flaco y débil, de rostro largo y demacrado, y de color de azafrán. Hacía dos años que todos los días, á la misma hora, experimentaba accesos de calentura que le consumían; pero en su faz amarillenta, y cuando se olvidaba de apagar su fulgor, brollaban sus negros ojos abrasados por su alma de fuego. Hizo una reverencia y dijo sencillamente con un francés muy puro.

—Soy don Vigilio, señor abate, y estoy á vuestro servicio, ¿queréis que bajemos?

Siguióle inmediatamente Pedro dándole las gracias. Don Vigilio no dijo nada más y se limitó á responder con sonrisas. Bajaron por la escalerilla y llegaron hasta el vasto descanso del segundo piso en la escalera de manifestándose Pedro sorprendido y triste al ver su os estoy porción. Á largas distancias unos de otros acordándose gases como esos de las casas amuebladas nulidad de ate, mecheros cuyas manchas amarillas mundo la n apenas las profundas tinieblas de aquellos nuó con s orredores que no tenían fin. Era gigantesco *contessin*. Hasta en el recibimiento en donde estaba la

—Ate las habitaciones de *donna* Serafina enfrente ello baue conducía á las de su sobrina, nada indicaba os qudi hubiese aquella noche recepción. La puerta se yo á estando cerrada y ni un solo ruido salía de aque- as habitaciones para turbar el silencio de muerte que

reinaba en el mundo entero. Fué don Vigilio el que despues de hacerle una nueva reverencia, dió discretamente vuelta al botón sin llamar.

Una sola lámpara de petróleo, colocada sobre una mesa, iluminaba la antecámara, vasta sala de desnudas paredes pintadas al fresco imitando una tapicería roja y oro, recogidos regularmente los paños á la antigua. En las sillas veíanse algunos gabanes de hombre, dos abrigos de señora, mientras que los sombreros cubrían una consola. Un criado, sentado de espaldas á la pared dormitaba.

En el momento en que don Vigilio se apartaba á un lado para hacerle pasar al primer salón, una habitación tapizada de brocado rojo, que estaba medio á oscuras y que creía vacía, encontróse Pedro cara á cara con una negra aparición, una mujer con traje negro cuyo rostro no le fué posible ver en el primer momento. Afortunadamente oyó á su compañero que decía, inclinándose:

—*Contessina*, tengo el honor de presentaros al señor abate Pedro Froment que ha llegado de Francia hoy por la mañana.

Durante un momento permaneció solo, y en Benedetto en medio de aquel salón desierto, ir posado con la luz adormecedora de dos lámparas con quietallas de encaje; pero al presente oíase rumor de voces procedentes del salón vecino; de un gran salón con la puerta abierta de par en par recortaba como un cuadro de una claridad más viva.

La *Contessina* se mostró enseguida muy amable y le acogió con perfecta sencillez.

—¡Cuanto celebros, señor abate! Temí mucho que vuestra indisposición fuese cosa grave y ya estáis completamente repuesto ¿no es verdad?

La escuchó seduciéndole su voz lenta, ligeramente gruesa, en la que toda una pasión contenida parecía pasar en medio de la prudente razón. Veíala al fin con sus cabellos tan abundantes y negros, su cutis tan blanco, de una blancura semejante á la del marfil. Tenía redondo el rostro, los labios un poco gruesos, la nariz muy fina y los rasgos todos en fin de una delicadeza de niña; pero sobretudo eran los ojos los que en ella vivían, ojos rasgados, inmensos, de una profundidad infinita y en los que nadie estaba seguro de leer ¿Dormía? ¿Soñaba? ¿Ocultaba la tensión ardiente de las grandes santas y de las grandes enamoradas bajo la inmovilidad de su rostro? Tan blanca, tan joven, tan tranquila, tenía unos movimientos armoniosos, una apostura muy reflexiva, noble y rítmica. En las orejas llevaba dos gruesas perlas de una pureza admirable; perlas que procedían de un célebre collar de su madre y que Roma entera conocía.

Excusóse Pedro dando las gracias.

—Estoy confuso, señora, porque hubiera querido manifestaros desde hoy por la mañana cuán agradecido os estoy por vuestra gran bondad.

Por un momento vaciló antes de llamarla señora acordándose del motivo en que basaba su instancia de nulidad de matrimonio, pero indudablemente todo el mundo la llamaba así. Su rostro por otra parte continuó con su expresión serena y bondadosa y además la *contessina* quiso alentarle.

—Aquí estais en vuestra casa, señor abate, y para ello basta que nuestro pariente, el señor de la Choue, os quiera y se interese por vuestra obra. Ya sabéis que yo le profeso gran cariño...

Su voz se turbó un poco; acababa de comprender que debía hablar del libro, única causa del viaje y de la hospitalidad ofrecida.

—Sí, el vizconde fué el que me envió vuestro libro. Lo leí y me pareció muy bueno. Me turbó; porque yo no soy más que una ignorante y no lo he comprendido todo. Será por tanto necesario que hablemos y que me expliquéis vuestras ideas ¿lo haréis, señor abate?

En aquellos rasgados ojos claros, que no sabían mentir, leyó entonces Pedro la sorpresa, la emoción de un alma de niña al hallarse frente á frente de problemas en los que jamás había meditado ¿No sería ella la que se hubiese apasionado, que hubiese querido tenerle á su lado, para sostenerle, para ser de la victoria? Sospechó de nuevo la existencia de una influencia secreta, y esta vez con gran claridad, de alguno en fin cuya mano lo dirigía todo hacia un objeto ignorado; pero estaba encantado con tanta sencillez y franqueza en una criatura tan hermosa como joven y noble y se entregaba á ella é iba á decirla que podía disponer de él por completo, cuando le interrumpió la llegada de otra señora, igualmente vestida de negro cuya alta estatura y delgado talle se recortó duramente en el centro del cuadro luminoso de la puerta abierta de par en par del salón inmediato.

—¡Y bien! ¿Has mandado, Benedetta á Giacomo que suba á enterarse? Don Vigilio acaba de entrar y se ha presentado solo. Eso es inconveniente.

—No hay nada de eso, tía, el señor abate está aquí. Y se apresuró á presentarlos el uno al otro.

—El señor abate Pedro Froment... La princesa Boccanera.

Cambiáronse ceremoniosos saludos. La princesa

debía frisar en los sesenta y de tal manera se apretaba el talle que, vista de espalda, habríanla tomado por una joven. Esta era, por otra parte, su última coquetería, tenía todo el pelo blanco, espeso y rudo aún, no conservando más que las pestañas negras en su larga faz de grandes arrugas en la que campeaba la gran nariz voluntariosa de la familia. No había sido nunca hermosa y permaneció soltera herida mortalmente por el conde Brandini que eligió á Ernesta, menor que ella, y desde entonces resolvió buscar sus goces en la satisfacción única del orgullo hereditario del apellido que llevaba. Entre los Boccanera habíanse ya contado dos papas y confiaba en no morir antes de ver á su hermano el cardenal ser el tercero. Convirtiéndose en su ama de gobierno secreta, no se separó nunca de su lado, velando por él, aconsejándole, dirigiendo la casa como soberana y haciendo milagros para ocultar la ruina lenta que hacía se derrumbasen los techos sobre sus cabezas. Si hacía treinta años que todos los lunes recibía á alguna persona de su intimidad, todas del Vaticano, era por alta política, para seguir al frente del salón del mundo negro, una fuerza y una amenaza.

Pedro adivinó también cuán poco pesaba su presencia en su ánimo, pues no se trataba más que de un humilde presbítero que no era siquiera prelado. Y esto siguió admirándole, contribuyendo á que de nuevo se hiciese la oscura pregunta: ¿porqué le habían invitado y que iba á hacer él en aquel mundo cerrado á los humildes? Sabía que la princesa era mujer de una austeridad y de una devoción extremadas y acabó por figurarse que le recibía únicamente por miramiento hacia el vizconde, por que ella, á su vez, no encontró más frase que esta:

—¡Qué contentos estamos al recibir buenas noticias del señor de la Choue! Hace dos años ¡qué buena peregrinación nos trajó!

Pasó la primera é introdujo al cabo al joven presbítero en el salón inmediato que era una vasta habitación cuadrada tapizada con brocatel amarillo antiguo, con grandes flores estilo Luis XIV. El techo, que era muy elevado, tenía un revestimiento maravilloso de madera esculpida y pintada con artesonados adornados con rosas de oro. El mobiliario en cambio estaba descabado. Grandes espejos, dos soberbias consolas doradas, algunos hermosos sillones del siglo XVII y todo el resto lamentable, un velador viejo estilo Imperio, venido no se sabía de donde, cosas heterogéneas compradas en algún bazar, fotografías horribles arrastrándose por cima del precioso mármol de las consolas. Allí no había ningún objeto de arte que interesase. En las paredes unos cuantos cuadros antiguos nada más que medianos, excepción hecha de uno primitivo, desconocido y delicioso, una Visitación del siglo XIV, con una Virgen muy pequeñita, con la delizadeza y pureza de una niña de diez años, mientras que el Ángel era inmenso, soberbio y la inundaba con una ola de amor resplandeciente y sobrehumano. En frente veíase un antiguo retrato de familia, el de una joven muy hermosa, que tenía la cabeza cubierta con una especie de turbante, y que se creía era el de Cassia Bocanera, la enamorada y justiciera, que se arrojó al Tiber con su hermano Ercole y con el cadáver de su amante Flavio Corradini. Cuatro lámparas iluminaban con una luz tranquila aquella deslucida habitación como amarilleada por el resplandor de una melancólica postura de sol, grave, vacía y desnuda sin ramo de flores. *Donna*

Serafina presentó en seguida á Pedro con una palabra y en el silencio; en la brusca interrupción de todas las conversaciones, comprendió éste que todas las miradas se fijaban en él como en una curiosidad prometida y esperada. Había allí á lo sumo unas diez personas entre las que figuraba Darío, que se hallaba en pie hablando con la princesita Celia Buongiovanni, á la que había acompañado una anciana pariente que hablaba á media voz con un prelado, monseñor Nani, ambos sentados en un rincón oscuro. Lo que le llamó más la atención á Pedro fué oír nombrar al abogado consistorial Morano, acerca del cual, al enviarle á Roma, había creído el vizconde debía explicarle la situación especial que ocupaba en la casa, con objeto de evitarle el que cayese en falta. Hacía treinta años que Morano era el amigo de *donna* Serafina. Esas relaciones, culpables en otro tiempo, por que el abogado tenía hijos y mujer, habían llegado á ser, desde que se quedó viudo y sobre todo con el tiempo, una amistad dispensada, aceptada por todos, á la manera de esos viejos hogares naturales que la tolerancia mundana consagra. Ambos, muy religiosos, se debían haber asegurado con las indulgencias necesarias. Y Morano se hallaba allí en el lugar que ocupaba hacía más de un cuarto de siglo, á un lado de la chimenea, por más que en ella no se hubiese encendido aun el fuego del invierno. Y cuando *donna* Serafina cumplió con sus deberes de señora de la casa ocupó á su vez su sitio, al otro lado de la chimenea y en frente de él.

Entonces, y mientras que Pedro se sentaba al lado de don Vigilio, que silencioso y discreto ocupaba una silla, continuó Darío en voz alta la historia que contaba á Celia. Era un hombre apuesto, de mediana talla, esbelto y elegante que llevaba toda la barba negra y

bién cuidada, que tenía además el rostro largo y la nariz prominente de los Boccanera pero con los rasgos de la cara dulcificados, como ablandados por el secular empobrecimiento de la sangre.

—¡Ah! ¡Era una belleza, una belleza admirable!— repitió con énfasis.

—¿Quién?— preguntó Benedetta reuniéndose con ellos.

Celia, que se parecía á la Virgencita del antiguo cuadro colgado sobre su cabeza, se echó á reír.

—Pues, querida, una pobre muchacha, una trabajadora que Darío vió hoy.

Y Darío tuvo que empezar su relato. Pasaba por una estrecha callejuela, hacia la parte de la plaza de Navona, cuando vió recostada en los peldaños de una escalinata una muchacha fuerte y robusta, de unos veinte años, que lloraba sollozando con fuerza. Conmovido más que nada por su belleza se acercó á ella y pudo comprender que trabajaba en aquella casa, en una fábrica de perlas de cera; pero que había llegado la parada y cerrádose el taller por lo que no se atrevía á volver á casa de sus padres, tan grande era en esta la miseria. A través del diluvio de sus lágrimas fijó en él unos ojos tan hermosos que al fin se decidió á sacar algún dinero del bolsillo. Y entonces la obrera se levantó de un salto, enrojecida y confusa, ocultando las manos entre la falda, no queriendo tomar nada y diciendo que podía seguirla si quería y daría aquello á su madre. Dicho esto se fué con mucha viveza hácia el puente de Sant-Angelo.

—¡Ah! ¡Una belleza! ¡Una belleza espléndida!— repitió Darío con aire de éxtasis. Más alta que yo, esbelta apesar de su estatura y con una garganta de diosa!

Una verdadera antigüedad, una venus á los veinte años, la barbilla un poco pronunciada, la boca y la nariz de una corrección perfecta de dibujo, los ojos., ¡oh! ¡los ojos, que puros, que rasgados! Y sin nada á la cabeza y coronada esta por un casco de abundosos cabellos y la faz resplandeciente como dorada por un rayo de sol.

Escuchábanle todos admirados y con esa pasión hacía la belleza que, á pesar de todo, conserva Roma en el corazón.

—Van siendo cada vez más contadas esas hermosas hijas del pueblo,—dijo Morano,—y se podría recorrer el Transtíbere sin encontrar una. He ahí sin embargo algo que prueba que existen aun, que hay una.

—¿Y cómo la llamas á tu diosa?—preguntó sonriente Benedetta tan divertida y extasiada como los demás.

—Pierina,—respondió Darío riendo también.

—¿Y qué hicistes?

El rostro excitado del joven adquirió una expresión de malestar y de miedo como el de un niño que estando entregado á sus juegos tropieza con un bicho repugnante.

—¡Ah! ¡No me hables de eso y no sabéis cuanto me pesa! ¡Una miseria tan grande que es capaz de hacer enfermar á cualquiera!

La siguió por curiosidad y llegó tras ella al otro lado del puente de Sant-Angelo, al barrio nuevo en construcción, en los antiguos Prados del Castillo, y allí, en el primer piso de una de las casas abandonadas, apenas concluída y ya en ruínas, encontróse cara á cara con un espectáculo horroroso del que aun conservaba su corazón la impresión recibida; toda una familia, madre, padre, un tío viejo é impedido, niños muriéndose de hambre y pudriéndose entre la basura. Escogió

las palabras más nobles para hablar de aquello y procuraba apartar la horrible visión con un ademán que hacía con la mano.

—Al fin huí de allí y os respondo que no pienso volver nunca más.

Hubo movimiento general de cabezas en el silencio frío y embarazoso que sucedió á esas palabras. Morano pronunció una amarga frase en la que acusaba á los espoliadores, á los hombres del Quirinal, de ser la única causa de toda la miseria de Roma. ¿Acaso no se hablaba de nombrar ministro al diputado Sacco, á un intrigante comprometido en toda clase de aviesas aventuras? Aquello iba á ser el colmo de la impudencia, la bancarrota infalible y próxima.

Y solo Benedetta, cuya mirada se fijaba en Pedro, á la vez que pensaba en el libro de éste, murmuró:

—¡Pobres gentes! Es muy triste, en efecto, pero ¿por que no volverlos á ver?

Pedro, que al principio estaba como distraído y fuera de su centro, se conmovió mucho con el relato de Darío. Revivió en su apostolado en medio de las miserias de París, se enterneció de una manera lastimosa al encontrar, á su llegada á Roma, miserias iguales. Sin poderlo evitar, sin querer, levantó la voz y dijo alto:

—¡Ah! ¡Iremos juntos á verlos! Me acompañaréis. ¡Todas esas cuestiones me apasionan tanto!

Al oírle hablar así, la atención de todos se fijó en él. Empezaron á preguntarle y comprendió que todos estaban inquietos por su primera impresión, por lo que pensaba de la ciudad y de ellos mismos. No debía apresurarse á juzgar á Roma por las apariencias. ¿Qué efecto, en fin, le había producido? ¿Cómo la había visto y

como la juzgaba? Y Pedro, con mucha cortesía, se excusó manifestando que no podía responder, pues no solo no había visto nada si no que ni siquiera había salido de casa. Pero no por eso dejaron de apremiarle con menos viveza, experimentó la sensación clara de un trabajo con que querían influir sobre él, de un esfuerzo para impulsarle hasta la admiración y el cariño. Le aconsejaban, le conjuraban para que no cediese á las desilusiones fatales, para que persistiese y esperase á que Roma le revelase su alma.

—¿Cuánto tiempo pensáis pasar entre nosotros, señor abate?— preguntó cortesmente una voz de un timbre muy dulce y claro.

Era monseñor Nani que, sentado entre la penumbra hablaba en voz alta por la primera vez. En distintas ocasiones habíase figurado Pedro que el prelado no separaba de él la mirada de sus ojos azules, vivos, mientras que, al parecer, escuchaba con mucha atención la charla lenta de la tía de Celia. Antes de responderle dirigió una mirada á su sotana lisa, ribeteada de color carmesí, á la faja de seda violeta que llevaba arrollada á la cintura, á su aspecto juvenil aún, por más que ya había pasado de los cincuenta, á su cabello, que conservaba aún su color rubio, á su nariz recta y fina y á su boca de un dibujo el más delicado y más firme y provista de una dentadura admirablemente blanca.

—Creo, monseñor, que quince días; tres semanas quizás.

El salón entero protestó. ¡Cómo! ¿tres semanas? ¿Tendría la pretensión de conocer á Roma en tres semanas, ¡necesitaba seis meses, un año, diez años! La impresión primera era siempre desastrosa y para reha-

cerse de esa impresión se necesitaba residir allí una larga temporada.

—¡Tres semanas!,— repitió *donna* Serafina con su aire desdeñoso. ¿Es que por ventura se puede estudiar ó apreciar en tres semanas? Aquellos que vuelven son los que acaban por conocernos.

Sin hacer exclamaciones como los demás, limitóse Nani al principio á sonreír. Hizo un ligero ademán con mano fina, mano que revelaba su origen aristocrático. Y observando que Pedro, con mucha modestia, se explicó diciendo que había ido para practicar algunas diligencias y que pensaba marcharse en cuanto estas terminasen, el prelado entonces dijo, á manera de conclusión:

—¡Oh! El señor abate permanecerá aquí más de tres semanas y tendremos la dicha, así lo espero, de poseerle durante más tiempo.

Por más que estas frases fueron pronunciadas con mucha amabilidad, turbaron sin embargo al joven presbítero. ¿Qué sabían, ó que querían decirle? Se inclinó, y en voz muy baja preguntó á don Vigilio, que estaba á su lado encerrado en un mutismo completo:

—¿Quién es, pues, monseñor Nani?

El secretario no le respondió en el acto. Su rostro calenturiento se puso aún más plomizo y sus ojos ardientes volviéronse en todas direcciones para asegurarse de que nadie le miraba, y entonces, como en un soplo, dijo:

—El asesor del Santo Oficio.

Aquello le bastaba porque no ignoraba Pedro que el asesor, que asistía en silencio á las reuniones del Santo Oficio, se dirigía todos los miércoles por la tarde, después de la sesión, á visitar al Santo Padre para darle

cuenta de los asuntos de que se había tratado. Esa audiencia semanal, esa hora pasada al lado del papa con una intimidad que le permitía abordar toda clase de asuntos, proporcionaba á semejante personaje una situación aparte, un poder considerable. Aparte de esto, la función era cardenalicia, y el asesor debía ser nombrado más adelante cardenal.

Monseñor Nani, que parecía muy sencillo y amable, siguió mirando con un aire tan benévolo al joven presbítero, que este tuvo que ir á ocupar á su lado el sillón que al fin dejara libre la anciana tía de Celia. ¿No era un presagio de victoria ese encuentro, hecho el primer día, de un prelado poderoso cuya influencia podía abrirle todas las puertas? Sintióse entonces muy conmovido cuando el prelado, desde la primera pregunta, le dijo cariñosamente con un tono de profundo interés:

—¿De modo, hijo mío, que habéis publicado un libro?

Dominado poco á poco por el entusiasmo y olvidándose del sitio en que se hallaba, dejóse arrastrar Pedro por su entusiasmo y contó su iniciación de amor ardiente á través de los que sufrían y de los humildes, soñó en voz alta en el retorno á la comunidad cristiana, triunfo con el catolicismo rejuvenecido, convertido en la religión de la democracia universal. Poco á poco había ido levantando la voz y el silencio fué dominando en el antiguo y severo salón en el que todos escuchaban en medio de creciente sorpresa y de un frío de hielo que él no percibió.

De una manera suave interrumpióle al fin Nani con su eterna sonrisa, cuya sombra de ironía no se mostraba aquella vez.

—Sin duda, hijo mío, sin duda todo eso es muy hermoso, ¡oh!, ¡muy hermoso!, completamente digno de la imaginación pura y noble de un cristiano... Pero, ¿qué es lo que pensáis hacer ahora?

—Ir en derecha al Santo Padre para defenderme. Hubo una ligera risa, reprimida enseguida, y *donna Serafina* se hizo intérprete de la opinión general exclamando:

—¡No se le vé con tanta facilidad al Santo Padre!

Pedro sin embargo se apasionó:

—Pues cuento verle. ¿Es que yo no me hice eco de sus ideas? ¿Es que no he defendido su política? ¿Es que puede dejar que condenen mi libro para el que creo haberme inspirado en lo mejor que él escribió?

—Sin duda, sin duda,—se apresuró á repetir Nani, como si hubiese temido que se precipitasen demasiado las cosas con aquel joven entusiasta.—¡El Padre Santo tiene una inteligencia tan elevada!... Lo que hay, hijo mío, es que no debéis excitaros de esa manera; reflexionad un poco antes, tomaos antes tiempo...

Volvióse hácia *Benedetta*:

—¿No ha visto aun su eminencia al señor abate, no es cierto? Mañana por la mañana convendría que se digne recibirle para darle algunos sábios consejos.

El cardenal *Boccanera* no subía nunca á las reuniones que todos los lunes daba su hermana, pero estaba siempre allí en pensamiento como el amo ausente y soberano.

—Es que temo mucho,—dijo vacilando la *contessina*, —que mi tío no participe de las ideas del señor abate.

Volvióse á sonreír Nani.

—Precisamente por eso mismo le dirá cosas que es bueno que oiga.

Y en el acto se convino con don *Vigilio*, que éste inscribiría á Pedro para una audiencia al día siguiente á las diez.

En ese mismo momento entró un cardenal en traje de calle, es decir, con la faja y las medias moradas y la muceta negra ribeteada de rojo y con botones del mismo color. Era el cardenal *Sarno*, antiguo familiar de los *Boccanera*, y mientras que se excusaba diciendo que había tenido que trabajar hasta muy tarde, todos en el salón se callaron mostrándose solícitos y deferentes. Empero, para ser el primer cardenal que veía experimentó Pedro una decepción muy grande porque no halló en él la majestad, el hermoso aspecto decorativo que se había imaginado. El que se presentaba allí, era bajito, un tanto contrahecho, con el hombro izquierdo más alto que el derecho; el rostro ajado y terroso y los ojos mortecinos. Le produjo el mismo efecto que un viejo empleado de setenta años, alelado por medio siglo de embrutecedora burocracia, y que se hubiese contrahecho y atontado por no haber abandonado jamás el asiento de baqueta sobre el que pasó la existencia. Y en realidad su historia entera era esa: hijo enfermizo de una modesta familia burguesa, se educó en el Seminario Romano; fué más tarde profesor de derecho canónico durante diez años en ese mismo Seminario, después secretario de la Propaganda, y por último cardenal desde hacía veinticinco años. Alabábase de celebrar su jubileo cardenalicio. Nacido en Roma, no había pasado ni un solo día fuera de la ciudad y era el tipo perfecto del presbítero engrandecido á la sombra del Vaticano y señor del mundo. Por más que nunca había desempeñado funciones diplomáticas había prestado servicios tales á la Propaganda con sus

metódicas costumbres de trabajo, que llegó á ser presidente de una de las dos comisiones que se reparten el gobierno de los vastos países del Occidente que aun no son católicos. Y era por esto por lo que en el fondo de aquellos ojos muertos, en aquel cráneo achatado, de expresión obtusa, tenía el mapa inmenso de la cristiandad.

Hasta Nani se levantó, lleno de sordo respeto hácia aquel hombre obscuro y terrible que tenía las manos en todas partes, hasta en los rincones más apartados de la tierra sin haber salido jamás de su despacho. Sabía que, á pesar de su aparente nulidad, con su trabajo lento de conquista metódica y organizada, era una potencia capaz de perturbar su imperio.

—¿Está su eminencia mejor de ese catarro que tanto hemos sentido que padezca?

—No, no, sigo tosiendo... hay un corredor muy malo... en cuanto salgo de mi despacho me quedo helado.

Desde ese momento sintióse Pedro pequeño y como perdido allí. Ni siquiera se acordaron de presentarle al cardenal y tuvo que permanecer en el salón cerca de una hora mirando, observando. Aquella sociedad envejecida le pareció infantil, retornada á una niñez triste. Bajo la altivez y la reserva altanera adivinó á la sazón una verdadera timidez, la desconfianza no confesada de una gran ignorancia. Si la conversación no se hizo general fué por que nadie se atrevió á intentarlo y oyó, en los rincones charlas pueriles sin fin, las historias sin importancia de lo ocurrido durante la semana, los rumorillos de las sacristías y de los salones. Como se veían muy poco las menores aventuras tomaban proporciones enormes. Pedro experimentó, al

cabo, la sensación clara de que se hallaba trasportado á un salón francés de la época de Carlos X, en el fondo de una de nuestras ciudades episcopales de provincias. No sirvieron ningún refresco. La anciana tía de Celia se apoderó al fin del cardenal Sarno, que no la respondía, y solo meneaba la cabeza de vez en cuando. Don Vigilio no despegó los labios en toda la noche. En voz baja se entabló una larga conversación entre Nani y Morano, mientras que *donna* Serafina, que se inclinaba para escucharlos, aprobaba, con lentos movimientos de cabeza, lo que decían. Hablaban, sin duda, del divorcio de Benedetta, porque de vez en cuando la miraban con un aire muy grave. En el centro de la sala, con la claridad adormecedora de las lámparas, veíase un grupo, el único que allí había de gente joven formado por Benedetta, Darío y Celia, grupo que parecía vivir, charlando á media voz y ahogando á veces la risa.

De pronto chocóle á Pedro la gran semejanza que había entre Benedetta y el retrato de Cassia, colgado en la pared. Era la misma y delicada infancia, igual boca de pasión y los mismos rasgados ojos infinitos en la misma carita redonda, razonable y sana. Había indudablemente allí un alma recta y un corazón de fuego. Acudió después un recuerdo á su memoria; el de un cuadro de Guido Reni, la adorable y cándida cabeza de Beatriz Cenci, de la que el retrato de Cassia se le figuró, en aquel instante, que no era más que una exacta reproducción. Esa doble semejanza, le conmovió, hízole que mirase á Benedetta con inquieta simpatía lo mismo que si toda una violenta fatalidad de país y de raza fuese á abatirse sobre ella; pero, ¡estaba tan tranquila! ¡Tenía un aire tan decidido y tan pa-

ciente! Y desde que él se hallaba en aquel salón no sorprendió entre Darío y ella ninguna ternura que no fuese fraternal y alegre, sobre todo por parte de ella, en cuyo semblante se conservaban la serenidad de los grandes amores confesables. Durante un momento Darío la cogió bromeando las manos, se las estrechó y se echó á reír algo nerviosamente y con alguna ligera llamarada en el borde de las pestañas, y Benedetta, sin apresuramiento, desasíó sus dedos como en un juego de antiguos y cariñosos compañeros. Le amaba, era cosa visible, con todo su sér y para toda la vida.

Habiendo Darío ahogado un ligero bostezo, mirado su reloj y esquivándose para irse á reunir á unos amigos que jugaban en casa de una señora, Benedetta y Celia fuéronse á sentar en un sofá, cerca de la silla que ocupaba Pedro y éste se enteró, sin querer, de algunas palabras de sus confidencias. La princesita era la hija mayor del príncipe Matteo Buongiovanni, padre ya de cinco hijos, casado con una inglesa, con una Mortimer, que le aportó una dote de cinco millones. Además de esto, citábase á los Buongiovanni como una de las raras familias del patriciado romano ricas aún y en pié en medio de aquel pasado que se derrumbaba por todas partes. En esa familia también figuraban dos papas, lo que no impidió al príncipe Matteo ponerse al lado del Quirinal sin estar á mal con el Vaticano. Hijo de una americana y no teniendo en las venas pura sangre romana, profesaba una política mucho más ductil, y era además, según decían, muy avaro y luchaba para ser uno de los últimos en conservar la riqueza y el poderío de otro tiempo que comprendía estaban condenados á muerte inevitable. Y fué en aquella familia, de soberbio

orgullo, cuyo esplendor llenaba aún la ciudad, en la que acababa de producirse el estampido de una aventura produciendo hablillas sin fin: el amor brusco de Celia hácia un joven teniente al que nunca había hablado, la apasionada testarudez de los dos amantes que se veían todos los días en el Corso, no pudiendo decirse nada y cambiando tan solo miradas, la voluntad tenaz de la joven que, despues de declarar á su padre que no tomaría otro marido, esperaba inquebrantable, segura de que la darían el hombre al que había elegido. Lo peor era que aquel teniente, Attilio Sacco, era el hijo del diputado Sacco, de un advenedizo al que el mundo negro despreciaba como vendido al Quirinal y capaz de todo, hasta de lo más indigno.

—Fué por mí por quien Morano habló hace un momento,—murmuró Celia al oído de Benedetta,—sí, cuando maltrató de palabra al padre de Attilio y propósito de ese ministerio de que se habla... Quiso darme una lección.

Habíanse jurado ambas una ternura eterna desde el Sagrado Corazón, y Benedetta, que tenía cinco años más que su amiga se mostraba maternal.

—De manera que eres poco razonable y sigues pensando en ese hombre.

—¡Oh! ¿Vas á darme pena, tu también, amiga mía? Attilio me agrada y lo quiero já él, ya lo oyes! ¡A otro nó! Lo quiero y lo tendré porque me ama y le amo... Esto es muy sencillo.

Conmovido la miró Pedro; era un lirio cándido y firme con su carita dulce de virgen. Tenía una frente y una nariz de una pureza de flor, una boca de inocencia con labios cerrados sobre blancos dientes, ojos de

agua de fuente clara y sin fondo. Y no había ni un estremecimiento en las mejillas de una frescura satinada, ni una inquietud ni una curiosidad en la ingénuo mirada ¿pensaba? ¿Sabía? ¡Quién era capaz de decirlo! Era la virgen con todo su temible desconocido!

—¡Ah! ¡No repitas, querida, mi triste historia!,—dijo Benedetta.—No produce dicha el casar al papa y al rey.

—Pero es que tu no amabas á Prada,—respondió Celia con calma,—mientras que yo amo á Attilio. En eso está la vida; es preciso amar.

Aquellas palabras, pronunciadas con tanta sencillez por una joven ignorante, impresionaron mucho á Pedro, hasta el extremo de que sintió que las lágrimas humedecían sus ojos. El amor ¡sí, el amor! era la solución á todas las querellas, la alianza entre los pueblos; la paz y la alegría en el mundo entero. *Donna Serafina* se puso en pié figurándose que era lo que animaba la conversación de las dos amigas. Al mismo tiempo dirigió una mirada á don Vigilio, cuyo significado comprendió este enseguida, porque se acercó á Pedro diciéndole en voz baja que había llegado la hora de retirarse. Estaban dando las once; Celia se marchaba con su tía y sin duda Morano quería conservar á su lado durante un momento al cardenal Sarno y á Nani, para hablar en familia de alguna dificultad que se presentaba entorpeciendo el divorcio. En el primer salón, y después que Benedetta besó á Celia en las dos mejillas, fué despedido Pedro por ella con mucha amabilidad.

—Mañana por la mañana cuando conteste al vizconde, le diré cuan contentos estamos por teneros á nuestro lado y por mucho más tiempo del que os figu-

rais... No os olvideis de que, á las diez, teneis que bajar á saludar á mi tío el cardenal.

Arriba, en el tercer piso, y en el momento en que Pedro y don Vigilio, teniendo cada uno en la mano la palmatoria, que un criado acababa de entregarles, íbanse á separar delante de sus puertas, el primero no pudo por menos de hacer al segundo una pregunta que atañecía su curiosidad.

—¿Es un personaje muy influyente monseñor Nani?

Azaróse de nuevo don Vigilio, hizo un sencillo ademán abriendo los dos brazos como para abrazar el mundo. Centelleó después su mirada y á su vez pareció experimentar gran curiosidad.

—Le conocéis ya ¿no es eso?—preguntó sin contestar á lo que le decían.

—¿Yo? ¡No!

—¿De veras? Pues él os conoce muy á fondo. Le oí hablar de vos el lunes pasado y en términos tan precisos que me pareció que estaba muy al corriente de los más pequeños detalles de vuestra vida y de vuestro carácter.

—Ni siquiera había oído nunca su nombre.

—Entonces será que se informó.

Saludó don Vigilio y se metió en su cuarto mientras que Pedro, á quien le admiró encontrar abierta la puerta del suyo, vió salir de él á Victorina con un aire tranquilo y activo.

—¡Ah! Quise asegurarme por mi misma, señor abate, de que no os faltaba nada. Ahí tenéis una vela, agua, azúcar, cerillas... Y por la mañana ¿que tomáis? ¿Café? ¡No! ¿Leche sola con un panecito? Bueno, ¿á las ocho? ¿No es eso? Que descanséis y durmáis bien. Por lo que á mi hace confieso que las primeras noches que pasé

en este inmenso palacio, tuve miedo á los aparecidos, pero nunca he visto la cola á ninguno. Cuando se está muerto se está demasiado contento de estarlo y se descansa.

Al cabo encontróse Pedro á solas, considerándose dichoso al poderse estirar, mover, escapar al malestar de lo desconocido, de aquel salón, de aquellas gentes que se mezclaban, se difuminaban en él como sombras bajo la adormecedora luz de las lámparas. Los aparecidos son los muertos viejos de otras épocas cuyas almas en pena vuelven para amar y sufrir en el pecho de los vivientes de hoy. Y á pesar del largo descanso del día, nunca se había sentido tan cansado, tan deseoso de sueño, con el espíritu tan confuso y embrollado y temiendo mucho no haber comprendido nada. Cuando empezó á desnudarse, el asombro de estar allí, de acostarse en aquella habitación se apoderó de él con tal intensidad que por un momento creyó ser otro. ¿Qué pensaba toda aquella gente de su libro? ¿Porqué le habían hecho ir á aquella fría casa en la que comprendía le eran hostiles? ¿Era para ayudarle ó para vencerle? Y no veía más entre la luz amarillenta, en la triste puesta del astro del salón, que á *donna* Serafina y al abogado Morano, sentados á los dos lados de la chimenea, mientras que, detrás de la cabeza apasionadamente tranquila de Benedetta, aparecía la faz sonriente de monseñor Nani, con sus ojos de malicia, con sus labios reveladores de indomable energía.

Se acostó y luego se levantó porque se ahogaba, teniendo una necesidad tan grande de respirar aire fresco y libre, que hubo de abrir de par en par la ventana para echarse de bruces en ella; pero la noche tenía la negrura de la tinta y las tinieblas habían sumergido el

horizonte. En el firmamento las nieblas debían ocultar las estrellas y la opaca bóveda pesada abrumaba con pesadez de plomo; y en frente las casas del Transtibere dormían hacía mucho tiempo, no se veía ni una sola luz en ninguna ventana y un mechero de gas brillaba á lo lejos como una estrellita perdida. En vano buscó el Janículo; todo había desaparecido en el fondo de aquel mar del vacío, los veinticuatro siglos de Roma, el Palatino antiguo y el moderno Quirinal, la gigantesca cúpula de San Pedro, borrándose todo del cielo por la ola de sombra. Y á sus piés no veía, no oía ni siquiera al Tíber, el río muerto en la ciudad muerta.

CAPILLA ALFONSO
UNIVERSITARIA